Venerable Costantino Vendrame: apóstol de Cristo

La causa de canonización del siervo de Dios Constantino Vendrame avanza. El 19 de septiembre de 2023, el volumen de la "Positio super Vita, Virtutibus et Fama Sanctitatis" fue entregado a la Congregación para las Causas de los Santos en el Vaticano. Presentemos brevemente a este sacerdote profeso de la Sociedad de San Francisco de Sales.

De las colinas del Véneto a las colinas del noreste de la India

El Siervo de Dios P. Costantino Vendrame nació en San Martino di Colle Umberto (Treviso) el 27 de agosto de 1893. San Martino, una aldea de la ciudad más grande de Colle Umberto, es unaencantador pueblo de la región del Véneto, en la provincia de Treviso: Desde sus colinas, San Martino se orienta tanto hacia las llanuras surcadas por el río Piave, como hacia los prealpes de la zona de Belluno, manteniendo así esta doble naturaleza -es un pueblo de colina que mira hacia las montañas y las llanuras- aquellas características, de proximidad a los grandes núcleos de población y de proyección ideal hacia el mundo sobrio y tímido de las montañas, que el futuro misionero Don Costantino encontraría en el noreste de la India, apretujado entre las primeras estribaciones de la cadena del Himalaya y el valle del Brahmaputra.

Su familia también pertenecía a ese mundo de gente sencilla: su padre Pietro, herrero de profesión, y su madre Elena Fiori, originaria de Cadore, se conocieron muy probablemente en la montaña. Los lazos de Don Vendrame con sus hermanos eran fuertes: Juan, del que guardaba fiel recuerdo; Antonia, madre de familia numerosa; su amada Ángela, a la que le unía un profundo afecto, en armonía de obras e intenciones. Ángela permanecerá – con exuberante creatividad – al servicio de la parroquia y ofrecerá sufrimientos y méritos por la empresa

apostólica-misionera de su hermano. En la familia también estaba vivo el recuerdo de su hermano mayor Canciano, que voló al cielo con tan sólo 13 años. Bautizado al día siguiente de su nacimiento (28 de agosto) y confirmado en noviembre de 1898, pronto huérfano de padre, para Costantino Vendrame -primera comunión el 21 de julio de 1904 y una infancia dedicada a las tareas cotidianas- la vocación sacerdotal tomó forma de niño. Tal vez tenga sus raíces en la confianza del pequeño Costantino a la Virgen -por iniciativa de su madre-: confianza que luego maduró en una donación más completa.

La realidad del Seminario – que el Siervo de Dios frecuentó en Ceneda (Vittorio Veneto) con pleno éxito – le faltaba aquel aliento misionero que él sentía como propio. Así que se dirigió a los Salesianos y fue en la casa salesiana de Mogliano Veneto donde: “en la pequeña portería, en 1912, con el buen D. Dones, se decidió mi vocación salesiana y misionera”.
Completó así las etapas de formación para la consagración religiosa entre los hijos de Don Bosco, en particular como aspirante (desde octubre de 1912 en Verona), novicio (desde el 24 de agosto de 1913 en Ivrea), profeso temporal (en 1914) y perpetuo (el 1 de enero de 1920 en Chioggia). Fue ordenado sacerdote en Milán el 15 de marzo de 1924. Desde su admisión al noviciado, fue certificado como “muy firme en la práctica y bien instruido”. Sus notas en el seminario habían sido siempre excelentes y se había destacado en la Sociedad de San Francisco de Sales.
Su curso preparatorio estuvo marcado por el servicio militar obligatorio. Eran los años de la Gran Guerra: 1914-1918 (para Italia: 1915-1918). En aquellos momentos, el clérigo Vendrame no retrocedió; se abrió a sus superiores; mantuvo sus compromisos. Los años de la Primera Guerra Mundial forjaron aún más en él el valor que le sería tan útil en sus misiones.

Misionero de fuego

El P. Costantino Vendrame recibió el crucifijo misionero en la basílica de María Auxiliadora de Turín el 5 de octubre de 1924. Unas semanas más tarde se embarcó en Venecia con destino a la India: Assam, en el noreste. Llegó a tiempo para Navidad. En una estampita escribió: “Sagrado Corazón de Jesús, todo lo que te he confiado, todo lo que he esperado de ti y no me he confundido”. Con los hermanos, meditó durante el viaje Encuentro con el Rey del Amor: “Todo está aquí: todo el Evangelio, toda la Ley. Os he amado […]”, “Os he amado más que a mi vida, porque he dado mi vida por vosotros – y cuando uno ha dado su vida, lo ha dado todo”. Este es el programa de su compromiso misionero.

En comparación con los salesianos más jóvenes -que habrían realizado la mayor parte del camino hasta la consagración en la India-, él llega allí como un hombre hecho, en pleno vigor: tiene 31 años y puede aprovechar no sólo la dura experiencia de la guerra, sino también el aprendizaje en los oratorios italianos. Le espera una tierra hermosa y difícil, donde domina el paganismo de cuño “animista” y algunas sectas protestantes alimentan una actitud de desconfianza prejuiciosa o de abierta oposición hacia la Iglesia Católica. Opta por el contacto con la gente, decide dar el primer paso: empieza por los niños, a los que enseña a rezar y permite jugar. Serán estos “pequeños amigos” (unos pocos católicos, algunos protestantes, casi todos paganos) que hablan de Jesús y del misionero católico en la familia, los que ayudan al padre Vendrame en su apostolado. Estaba flanqueado por sus hermanos – que a lo largo de los años le reconocerían como el “pionero” de la actividad misionera salesiana en Assam – y por válidos colaboradores laicos, formados con el tiempo.
De este primer período quedan las huellas de un misionero de

“fuego”, animado por el único interés de la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Su estilo se convirtió en el del Apóstol de los gentiles, con el que sería comparado por la eficacia propulsora de su anuncio y la fuerte atracción de los paganos hacia Cristo. “¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!” (cf. 1 Co 9,16), dice el P. Vendrame con su vida. Se expone a todo desgaste, con tal de anunciar a Cristo. Verdaderamente también para él: “Viajes innumerables, peligros de los ríos […], peligros de los paganos […]; penurias y fatigas, vigilias sin número, hambre y sed, ayunos frecuentes, frío y desnudez” (cf. 2 Co 11,26-27). El Siervo de Dios se convierte en caminante por el nordeste de la India, infestado de toda clase de peligros; se mantiene con una dieta muy escasa; afronta regresos nocturnos o noches pasadas casi en el frío.

Siempre en las trincheras

Al estallar la Segunda Guerra Mundial y en los años siguientes, el P. Costantino Vendrame supo aprovechar -en momentos de especial fatiga “ambiental” (campamentos militares; extrema pobreza en el sur de la India) y de “eclesial” (duras oposiciones en el nordeste de la India)- toda una serie de formaciones previas: bajo la custodia de los Gurkhas; en Deoli; en Dehra Dun; misionero en Wandiwash en Tamil Nadu; en Mawkhar en Assam. En Deoli es “rector” de los religiosos en el campamento; también en Dehra Dun da ejemplo.

Liberado al concluir la guerra, pero impedido por razones políticas completamente ajenas a su persona de volver a Assam, el P. Vendrame – que tenía más de 50 años y estaba agotado por las privaciones – es destinado por Mons. Louis Mathias, arzobispo de Madrás, a Tamil Nadu. Allí, el P. Costantino tuvo que empezar de nuevo: una vez más, supo hacerse querer profundamente, consciente -como escribió en una carta de 1950 a sus hermanos sacerdotes de la diócesis de Vittorio Veneto- de las durísimas condiciones de su mandato misionero:

Estaba convencido que en todas partes había algo bueno para hacer y en todas partes había almas para salvar. Permaneciendo “ad experimentum”, para garantizar la continuidad a aquella

pobre misión, regresó finalmente a Assam: podía descansar, pero se proyectaba establecer una presencia católica en Mawkhar, distrito de Shillong considerado entonces el “fuerte” de los protestantes.
Y fue precisamente en Mawkhar donde el Siervo de Dios realizó su “obra maestra”: el nacimiento de una comunidad católica todavía floreciente, en la que -en años muy alejados de la sensibilidad ecuménica actual- la presencia católica fue primero duramente combatida, luego tolerada, después aceptada y finalmente estimada. La unidad y la caridad testimoniadas por el P. Vendrame fueron para Mawkhar un anuncio inédito y “escandaloso”, que conquistó los corazones más duros y atrajo la benevolencia de muchos: había llevado la “miel de San Francisco” – es decir, la bondad amorosa salesiana, inspirada en la dulzura salesiana – a una tierra donde las almas se habían cerrado.

Hacia la meta

Cuando el dolor de huesos se hizo insistente, admitió en una carta: “con dificultad he podido controlar el trabajo del día”. Se desarrolla el último tramo del viaje terrenal. Llega el día en que pide comprobar si queda algo de comida: una petición única para Don Vendrame, que se bastaba a sí mismo con lo esencial y, al volver tarde, nunca quería molestar para cenar. Esa noche ni siquiera pudo articular algunas frases: estaba agotado, envejecido prematuramente. Había guardado silencio hasta el final, presa de una artritis que también le afectaba a la columna vertebral.
La hospitalización se avecinaba entonces, pero en Dibrugarh: le habría evitado el constante tropel de gente; a la gente, el dolor de presenciar impotente la agonía de su padre. El Siervo de Dios llegaba a desmayarse de dolor: cada movimiento se le hacía terrible.
Mons. Orestes Marengo – su amigo y antiguo clérigo, obispo de Dibrugarh -, las Hermanas del Niño María, algunos laicos, el personal médico, entre ellos muchas enfermeras, se dejaron convencer por su dulzura.

Todos le reconocían como un verdadero hombre de Dios, incluso los no cristianos. Don Vendrame, en su sufrimiento, podía decir, como Jesús: “No estoy solo, porque el Padre está conmigo” (cf. Jn 16,32).
Acosado por la enfermedad y las complicaciones de una neumonía por estasis, murió el 30 de enero de 1957, la víspera de la fiesta de San Juan Bosco. Pocos días antes (24 de enero), en su última carta a su hermana Ángela se proyectaba aún en el dinamismo apostólico, lúcido en el sufrimiento, pero hombre de esperanza siempre.
Era tan pobre que ni siquiera tenía una túnica sepulcral adecuada: el obispo Marengo le regaló una suya para que pudiera vestirse más dignamente. Un testigo cuenta lo guapo que estaba el P. Costantino en la muerte, incluso mejor que en vida, liberado por fin de las “fatigas” y “tensiones” que le habían marcado durante tantas décadas.
Tras un primer funeral / momento de despedida en Diburgarh, las vigilias y el solemne funeral tuvieron lugar en Shillong. La gente acudió con tantas flores que parecía una procesión eucarística. La multitud era inmensa, muchos se acercaron a los sacramentos de la Reconciliación y de la Comunión: esta actitud generalizada de acercamiento a Dios, incluso por parte de quienes se habían alejado de Él, fue uno de los más grandes signos que acompañaron la muerte del P. Constantine.